

SERMON.

PARA SER VERDADEROS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO HEMOS DE IMITAR SU HUMILDAD EN EL CENACULO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado para que hagáis como yo he hecho.

S. Juan, c. 19. v. 15.

Cada vez que presento la reproduccion de la augusta ceremonia que con tanta solemnidad ofrece á nuestra vista la Iglesia en el dia presente, me admiro y me lleno de confusion. Si atiendo al abatimiento tan profundo en que se ostenta la Majestad infinita, descubro una cosa tan superior á la capacidad de mi débil razon, que sin poder dar un paso adelante al querer contemplarla, me veo sumergido en un abismo insondable. Si mirándome á mí mismo, me considero representado en uno de los discípulos que asisten al cenáculo, y si pasando mas adelante, supongo postrado á mis piés al único verdadero Dios... Oh! cómo pudiera yo manifestar lo que pasa en mi interior! Una humildad tan sin ejemplo presenta á mi vista el horroroso cuadro, en que se pinta mi soberbia con los mas vivos colores. ¡Tánta dignacion, no puedo ménos de exclamar, tánta dignacion de parte de un Dios infinitamente perfecto, y un orgullo tan insufrible de parte de la mas indigna y miserable de todas

las criaturas! Mi imaginacion se halla toda ocupada de esta sola idea, sin que me sea permitido dar entrada á otra alguna.

Repetidas veces he hablado desde esta sagrada cátedra de este misterio, y aunque conozco que cada página del Evangelio ofrece abundante materia para muchas y variadas reflexiones, no acierto, no puedo fijarme en otra idea que en la del ejemplo asombroso de humildad, que en el lavatorio de los piés nos da nuestro amabilísimo Redentor. Porque si bien parece que no es posible un abatimiento mas profundo que el de su encarnacion y el de su muerte afrentosa de cruz, sin embargo el primero no se deja percibir de los sentidos, y en el segundo vemos un juez que le condena, unas turbas que le conducen como por fuerza al patíbulo, unos verdugos que le crucifican. En el cenáculo todo es palpable; la escena es la mas tierna; el traje, la actitud, el ejercicio, todo es humilde en sumo grado: en esa humillacion no interviene precepto ni coaccion alguna, todo es sensiblemente voluntario. Últimamente las palabras tan terminantes con que nuestro divino Maestro nos exhorta á imitar su ejemplo, no me dejan libertad para proponer otro asunto: él será por tanto el objeto de vuestra atencion.

El Señor que por un efecto de su abrasada caridad se dignó enseñarnos una virtud, de cuya práctica pende nuestra salvacion, nos conceda la gracia de imitarle. Pidámosela por la intercesion de su humildísima Madre. *Ave María.*

Estaba en el órden que el hombre, á quien su soberbia habia precipitado de una elevacion que no pudiera merecer, al abismo de una miseria que no le fuera dado evitar por otro medio, se humillara todo lo posible para reparar su caída; esto era muy regular, digo; mas que un Dios, á quien por la mas inviolable justicia son debidas las adoraciones de todas las criaturas; que un Dios, incapaz de reconocer otro principio y de dirigirse á otro fin que á su misma divinidad; que un Dios, que en su inmutable naturaleza reúne cuanto puede contribuir á la gloria infinita de su majestad; que un Dios, supremo señor y absoluto dueño del universo, se humille, deje oscurecer el resplandor de su gloria, se degrade, si me es permitido decirlo así, hasta lo sumo, solo por engrandecer á la vil criatura, que correspondiendo con la mayor ingratitud al amor sin límites que le habia

profesado, se había rebelado contra su adorable majestad; esto es una cosa extraordinaria; esta conducta es enteramente desconocida del hombre, una conducta que solo puede dirigir la caridad mas acendrada.

La caridad! ¿Quién sino esta pudiera obligar al Unigénito de Dios á que descendiese del elevado trono de los cielos, para confundirse entre los miserables habitantes de la tierra? Tocaba ya en el término de su carrera mortal este padre de bondad en cuya crítica circunstancia es preciso que se aumentara, que se manifestara por todos los medios posibles aquel amor inmenso, precisándole á arriesgarlo todo, á sacrificarlo todo por el hombre, que de ningun modo podia salir de su miseria sino por la humillacion.

La continuada experiencia, las lecciones mas instructivas, los mas expresos y repetidos preceptos, nada parecia poder arrancar del corazon de esta vil criatura la soberbia que era la raíz de todo su mal: para conseguirlo era necesario recurrir al último extremo; este no era otro que un ejemplo el mas eficaz. Con este objeto, concluída la misteriosa cena, en que Jesucristo habia dado á todos y cada uno de sus discípulos las pruebas mas palpables de un amor el mas intenso, como si no fuera suficiente para ello el haber cubierto su gloria con el velo asqueroso de nuestra naturaleza, y ocultado su santidad esencial sujetándose á las miserias que en todos los hombres son efecto de su pecado, resuelve hoy desfigurar su grandeza, disfrazar su majestad, descendiendo hasta á ocuparse en el ministerio mas ínfimo: hace sentar á sus discípulos, y ciñéndose una toalla y poniendo agua en un lebrillo, se arrodilla y se empeña en lavarles los piés.

Cómo es posible formar idea de una humillacion tan heroica? ¿Quién, á no asegurarlo los sagrados evangelistas, dejaria de tenerlo por una paradoja? Cuanto la considero con mas atencion, tanto mas me confundo y me pierdo en inútiles reflexiones. Trato de examinar algunas de las circunstancias de esta misteriosa escena, y léjos de adelantar algo, acrecientan mi confusion. Quiero preguntar á Pedro; pero este asombrado, atónito, casi fuera de sí, enteramente enajenado, en vez de satisfacer mi curiosidad, prorumpe en estas palabras dirigiéndose al Salvador: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Sin embargo la energía con que este grande apóstol profiere estas concisas palabras

anuncia que llegó á entrever, aunque muy en confuso, lo que no puede declarar de otro modo que poniendo de manifiesto su extraordinaria admiracion. Yo por tanto las examino de nuevo, y encuentro lo que sin ellas no pudiera concebir. Toda la gloria del Señor, aunque infinita, parece que se descubre con solo compararla con la miseria del hombre, y la vileza toda del hombre llega á percibirse claramente contraponiéndola á la majestad y gloria del Señor. Tú lavarme á mí los piés! tú á mí! tú, el ser por esencia, el eterno, el infinitamente perfecto! ¡á mí que hace un momento era nada, que al presente no soy mas que un leve vapor, una vana sombra, un piélago de miserias, y que dentro de poco me confundiré con los mas asquerosos gusanos! Tú, el infinitamente santo! ¡á mí, en quien es tan antiguo el pecado como la vida! ¡Tú...

Pero parece en cierta manera una temeraria presuncion querer penetrar el santuario misterioso de la naturaleza de Dios, porque ¿quién sino él mismo es capaz de comprender la infinidad de sus perfecciones? Nadie, nadie absolutamente fuera de él: sus obras indican algo, pero muy en confuso. Pregunto á la naturaleza, y enmudece: ó á lo mas ofreciendo á mi vista una inmensa multitud de plantas, de insectos, de animales, de hombres, creo oírle decir: sola una hormiga es bastante para demostrar la sabiduría infinita, el infinito poder, la perfeccion y la gloria infinitas del Criador. Pregunto á los cielos, que con un misterioso silencio me dicen: nada éramos, pero el Eterno quiso, y en el momento fuimos formados con esta perfeccion que tan justamente te admira, aunque no es mas que una completa debilidad, si se compara con la perfeccion de nuestro Hacedor: con esta inmensidad que te parece infinita, pero que es ménos que un átomo imperceptible al lado de la suya; con esa multitud asombrosa de astros cuya luz y resplandores te deslumbran, pero que son una sombra oscura, un caos tenebroso á vista de la gloria de aquel. Pregunto á los infiernos, cuyos orgullosos príncipes al oír tan augusto nombre se postran, le adoran desesperados, dando un testimonio irrecusable de su poder y majestad, de su gloria incomprensible. Me resuelvo á preguntar á Pedro, á pesar de que su admiracion no es ménos fundada y extraordinaria que la mia, y se me figura oír por única respuesta: yo, yo mismo he presenciado sus obras prodigiosas, y he llegado á convencerme de que nadie es capaz de resistir al me-

nor impulso de su voluntad soberana : la vida y la muerte, el cielo y los abismos, la naturaleza toda está pendiente de sus labios : á su imperio desaparecen las enfermedades mas inveteradas é incurables, restituye la muerte sus presas, los príncipes de las tinieblas abandonan sus conquistas, el Eterno desciende de lo alto á dar testimonio de su divinidad..., yo mismo he visto un leve reflejo de su gloria, á cuya presencia me suponía en el término de la felicidad. Y despues de esto ¿podiera yo consentir verle abatido, degradado hasta el extremo de lavarme á mí los piés? á mí...!!!

Ah ! qué es el hombre, si se compara con su Dios? Qué es el hombre, aún prescindiendo de esta comparacion? Qué es el hombre en sí mismo? Para conocerlo, no necesitamos consultar á cosa alguna exterior; dentro de nosotros mismos tenemos testimonios bien degradantes, testimonios que á pesar nuestro y para nuestra confusion se presentan en todas partes, á todas horas, en todas circunstancias. Á ninguno puede ocultársele su ignorancia, su debilidad, su imperfeccion y miseria. Todos y cada uno conocen que el hombre en su primera edad es el mas inepto, el mas estúpido, el mas necesitado de todos los animales; que dueño ya de su razon, pasa á ser un monstruo empeñado en invertir el órden de la naturaleza, puesto que huye de aquello mismo que conoce serle favorable, y busca con incesante anhelo lo que mas le perjudica. Si hubiera de consultarse tan imprudente conducta, se podria asegurar que la naturaleza solo le ha inspirado el deseo de la felicidad para atormentarle y hacerle el mas infeliz de los vivientes; y que léjos de proveerle de los medios de conseguirla, le arrastra con un peso irresistible al extremo contrario. Por desgracia puede mirarse como un conjunto de todos los peligros, de todos los trabajos, de todos los males; así es que sin conocimiento alguno de la revelacion la filosofía por sí sola ha llegado á descubrir en la naturaleza un desórden universal, un pecado que afecta á cada uno de los individuos, y al que debe atribuirse tan justo castigo. Tal es el hombre; el único entre todas las criaturas corpóreas que se ha degradado, que ha merecido ser, y ha sido positivamente despojado por su soberbia de la belleza, de la justicia, del honor, del derecho á la gloria que recibió con la vida; el único entre todas ellas que se ha atraído el odio y la maldicion de un Dios, que le habia formado precisamente para colmarle

de bienes y bendiciones. Esta consideracion hizo que el santo Job tuviera por ajeno é indigno de la divina Majestad el fijar su vista en el hombre, y aún que le llamara á su presencia para juzgarle; en cuyo caso ¿qué tiene de particular que Pedro se admire, se resista, se niegue absolutamente á presentar sus piés inmundos al Señor, que se los pedia para lavarlos? Nada, nada tiene de extraño, ántes bien esta resistencia manifiesta en cierto modo su humildad; pero es incomparablemente mas profunda la de su divino Maestro, quien no dándose por satisfecho con manifestar su designio á los discípulos, les hace ver que á toda costa está resuelto á ponerlo en ejecucion. Al efecto, y no siendo suficiente declararles que tiene para ello motivos que despues les haria saber, recurre al imperio, y luego á las amenazas, por cuyo medio logra convencer al discípulo y reducirle á la debida obediencia.

Venid, hombres orgullosos, venid al cenáculo, y veréis al mas grande y poderoso de los reyes, á todo un Dios postrado á los piés de sus criaturas: venid y le veréis arrodillado en presencia del mas perverso de los hombres, del mas abominable de los monstruos. Orgullosos fariseos, tú que suponias indigno de la grandeza de un profeta que permitiera lavar sus piés con las lágrimas de una pecadora reconocida, ven, entra en el cenáculo, y verás á ese mismo Señor, no un mero profeta, sino el que inspiró á los profetas de todos tiempos, lavando con sus benditas manos los piés de un obstinado y horrendo pecador, purificándolos é imprimiendo en ellos sus purísimos labios: mírale, y cubierto de confusion, adora á quien te da un ejemplo tan singular de humildad y de amor.

O humildad, ó amor de Dios para con el hombre! un Dios que para nada puede necesitar á sus criaturas; un Dios cuya gloria se manifestaria del mismo modo en el castigo ejemplar del pecador que en el perdon mas benigno; un Dios á cuya penetracion no puede ocultarse la felonía de Júdas, la negacion de Pedro, el abandono de los demas discípulos; este Dios bueno y misericordioso por esencia todo lo olvida, en nada se detiene, á todos manifiesta una ternura verdaderamente paternal; este Dios grande se humilla solo porque los ama; el deseo de hacerlos felices le obliga á buscarlos por los caminos mas escabrosos, por los de la humillacion y abatimiento, sin cuya práctica sabe muy bien que no pueden salir del profundo abismo

de miseria en que los ha precipitado su orgullo. En otras ocasiones ha tratado de inspirarles estas ideas; pero ellos, si bien han quedado admirados de su doctrina, no han llegado á comprender sus intenciones. Viendo por último cuánto se les resiste la práctica de la humildad, recurre al presente al ejemplo mas poderoso y persuasivo, con el fin de hacérsela amable. *Exemplum*, les dice, *dedi vobis*: lo que no es indigno de la majestad suprema del Criador, ¿será indecoroso á la infinita vileza de la criatura? ¿se desdenará el discípulo ignorante de imitar las obras del mas sabio y prudente de los maestros? *Si ego lavi pedes vestros dominus et magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes.*

Pero es tal la benignidad de este amante Padre, que aún se contenta con mucho ménos; quiere tan solo que nos apliquemos á conocer nuestra miseria, nuestro pecado; cualidades que nos hacen indignos de todos los bienes y acreedores á todos los males: quiere que convencidos de que no tenemos mérito alguno, recibamos igualmente sumisos el honor y la ignominia, la riqueza y la indigencia, la salud y la enfermedad, el beneficio y la injuria, atribuyendo á sola su liberalidad los que suponemos bienes, y á su inflexible justicia los que decimos males: quiere que considerando las causas segundas como instrumentos de la Providencia, olvidemos los agravios, léjos de volvernos contra los que nos los hicieron; alejemos de nosotros todo lo que pueda excitar el resentimiento, perdonemos de corazón la injuria, amemos con sinceridad á nuestros enemigos y ofensores; y que si las circunstancias lo exigen, pues todos los hombres son nuestros hermanos en Jesucristo, nos humillemos hasta buscarlos y conducirlos por la senda de la caridad. Cuántos males evitaríamos por este medio! cuánto mereceríamos para con Dios! Cuán acreedores nos haríamos al amor de Jesucristo! Sí; porque obraríamos conforme á lo que él mismo nos encarga por medio de exhortaciones, nos enseña con su ejemplo, nos manda con imperio. Consideremos que las lecciones que da un padre á sus hijos, cuando se halla postrado en el lecho del dolor y próximo á morir; cuando rompiéndose el velo con que tenían sus ojos vendados las pasiones, distingue la verdad de la mentira, la realidad de la sombra, los intereses verdaderos de los aparentes; son las mas sábias é instructivas, y que por tanto no pueden ménos de serlo estas que nos da nues-

tro adorable Redentor pocas horas ántes de su sacrificio; de aquel sacrificio á que se entrega, no por necesidad, sino voluntariamente por nuestro amor. Consideremos que acompaña esta lección de heroica humildad con los testimonios mas relevantes de su cariño, de su ternura y benignidad, precisamente en el momento en que, por un prodigio que no ha tenido ni tendrá semejante, nos deja para siempre su cuerpo sacratísimo por prenda de su amor. Consideremos por último, que no debiendo ser el discípulo de mejor condicion que el maestro, es irremediable nuestra eterna desgracia, si no nos humillamos con Jesucristo; así como es infalible, segura nuestra exaltacion y felicidad, si imitamos el ejemplo que nos da en este dia.